

Allá en su interior, todo aquello repugnaba no poco á Miguel de Zuheros; pero cierto vehementemente atractivo de amor vicioso luchaba con la repugnancia y la vencia. Morsamor no quiso, ó no se atrevió á rechazar los propósitos y ofrecimientos de donna Olimpia.

Dichos propósitos se cumplieron.

Apenas despuntó el día, acudieron á la puerta de la quinta dos criados de Morsamor y Tiburcio con caballos y bagaje. Donna Olimpia y Teletusa, auxiliadas por los dos jaques, empaquetaron y embaularon sus alhajas, vestidos y demás prendas.

Todo esto, así como las mismas damas y sus escuderos, habian de viajar en mulas que los genoveses tenian en la caballeriza y de las que se dispuso como de bienes mostrencos. Y no mucho después, antes de que el sol apareciese y dorase con sus rayos la tierra, todos se pusieron en marcha, formando alegre caravana y caminando á paso largo hacia Cascaes.

La llave del desván quedó en poder de las sirvientas de los señores Adorno y Salvago, para que pusiesen en franquía á la vieja Claudia y á los señores Carvalho y Acevedo, á las tres horas de haber salido de la quinta Morsamor y su acompañamiento.

La nave que mandaba Morsamor era grande y capaz y él podia tripularla á su antojo. Con hol-

gura, pues, instaló en ella á su gente. Y aquel mismo día, antes de que el sol rayase en lo más alto del cielo,

*Yá no largo Oceano navegavam,
As inquietas ondas apartando:
Os ventos brandamente respiravam,
Das naos as velas concavas inchando.*

XI

Donna Olimpia y Teletusa no se mareaban. Se hallaban en el mar como nacidas: como si fuesen nereidas y no mujeres. Morsamor se sentía también más á gusto que en tierra, lleno de esperanzas y forjando en su mente los más audaces y ambiciosos planes. En cuanto á Tiburcio eran de maravillar sus conocimientos náuticos, su alegre humor y su útil actividad á bordo. Por la traza seguía pareciendo mancebo de menos de veinte años, mas por las acciones podría suponérsele viejo y experimentado navegante. Así se lo decía Lorenzo Fréitas, piloto de la nave, que tenia más de sesenta años, que habia navegado mucho y que habia hecho ya otros dos viajes de ida y vuelta á la India.

Pronto Lorenzo Fréitas trabó amistad íntima con Tiburcio y se ganó el afecto y la confianza de Morsamor y de las damas aventureras.

Iba asimismo en la nave un piadoso y entu-

siasta misionero franciscano, cuyo nombre era Fray Juan de Santarén. Grandísima gana llevaba éste de difundir la luz del Evangelio, de convertir idólatras y mahometanos y de bautizarlos á centenares. No se oponía todo ello á que Fray Juan, reservando la gravedad solemne para sus futuras predicaciones, fuese por lo pronto jocoso y alegre como unas sonajas, inclinado á cuidarse y á tratarse bien para sufrir más tarde las fatigas del apostolado, y harto propenso á contar chascarrillos y á decir chirigotas, que no siempre despuntaban por su urbanidad y delicadeza.

Como cielo y mar estaban serenos y el viento era próspero, el viaje iba haciéndose con felicidad y prontitud.

Al subir una mañana sobre cubierta, nuestros seis principales personajes se extasiaron admirando el azul transparente de las aguas, rizadas apenas por el soplo de la brisa, donde se reflejaban el más claro azul del cielo y las ligeras nubes, que parecían de nácar, púrpura y oro. La luz del sol, que se iba levantando, formaba en las ondas rieles luminosos y se diría que penetraba por curiosidad en el seno transparente del agua para iluminar las grutas y los alcázares submarinos que allí se esconden.

La costa europea había quedado lejos. Sólo mar y cielo se hubiera visto, sino apareciese ante los ojos encantados de los de la nave, no lejos de

ella y en medio del piélago azul, algo á modo de ingente y precioso canastillo de flores y verdura, que parecía flotar sobre la superficie del Atlántico. Mil lozanos y frondosos árboles subían hasta la cima del cerro que en el centro de la isla se alzaba, como ramillete en forma de piña, en cuya punta, destacándose sobre el limpio fondo del aire, resplandecía un blanco santuario de la Virgen, dorado ya por los casi horizontales rayos del sol naciente.

—Esa, dijo Lorenzo Fréitas á nuestros cuatro aventureros, es la isla de Madera, descubierta por Juan Gonzalves y Tristán Vaz en tiempo del glorioso Infante Don Enrique, instigador y fundador de nuestras grandes empresas marítimas, hoy tan en auge.

A la vista de la isla de Madera, tomando el fresco sobre cubierta y bajo un toldo, se desayunaron aquel día Miguel y Tiburcio, ambas damas, el misionero Fray Juan y el viejo piloto.

No hemos de seguir nosotros punto por punto á los viajeros. Pasaremos de largo cuando nada les ocurra de singular y memorable. Si ahora nos detenemos aquí es por considerar que, durante aquel desayuno, todos estuvieron expansivos y casi elocuentes y dijeron cosas muy importantes á la narración que vamos haciendo.

Hasta el desayuno que tomaron los seis, sentados en torno de una mesa redonda, tenía algo

de exótico para los europeos de entonces, porque bebieron en hondas tazas, mezclada con leche y azúcar, una infusión de cierta hierba olorosa y salubre, que llamaban chá y que ya se traía á Portugal de los remotos reinos del Catay, que están mucho más allá del Indo y del Ganges.

—Larga y penosa, dijo Miguel de Zuheros, va á ser nuestra navegación hasta llegar á las regiones del extremo Oriente. Enorme es el rodeo que tenemos que dar, bajando hasta el Cabo de las Tormentas, hoy de Buena Esperanza, que Bartolomé Diaz dobló por vez primera. Pasan el esfuerzo constante y el secular empeño, primero del Infante Don Enrique y después de sus sucesores y de su pueblo para conseguir el triunfo que han conseguido.

—Con menos tiempo y trabajo, repuso donna Olimpia, me parece á mi que, si mis compatriotas los venecianos se hubiesen puesto de acuerdo con árabes y turcos y con el Soldan de Babilonia y con el de Egipto, tal vez hubieran podido abrir algún ancho canal por donde sin tantos rodeos hubieran pasado sus naves del mar Mediterráneo al mar Rojo, encaminándose luego por allí hasta más allá de Trapobana, á Cipango y al remoto país de los seras. El pensamiento de abrir ese canal no es cosa nueva. Ya le tuvieron algunos Faraones, y sin duda le tuvieron también Salomón é Hiran rey de Tiro, cuando unidos en

estrecha alianza enviaban sus flotas á Ofir, de donde volvían cargadas de riquezas. Si tal pensamiento se hubiera realizado no hubieran perdido Venecia y toda Italia la supremacía en la navegación y en el comercio, y el poder que consigo trae y que hoy tienen los portugueses.

Fray Juan de Santarén tomó parte en la conversación y exclamó:

—Lo que menos importa al bien de la cristiandad y del humano linaje es que decaigan Venecia y otros Estados de Italia á causa de los descubrimientos y conquistas de los portugueses. Más alto es el fin que éstos han tenido y han de tener en lo futuro. No van los de mi nación á despojar en Oriente á los venecianos: van á que la religión de Cristo prevalezca allí sobre la de Mahoma: van á quebrantar allí el poderío de turcos, árabes y persas; y van, por último, á despertar del hondo sueño de muchos siglos á las dormidas naciones orientales, que aletargadas é inertes yacen en el seno letal de la idolatría.

—Todo eso, estará muy bien, interrumpió Tiburcio, riendo como tenía de costumbre. Pero ¿á qué tanto rodeo? ¿Á qué ir por tan extraviado camino hasta el extremo Sur de África? ¿Á qué dejar atrás misterioso é inexplorado, este continente enorme, en cuyo centro, que nos fingimos abrasado, acaso esté el Paraíso que perdieron nuestros primeros padres? ¿Á qué, en fin, dar

tan desaforada vuelta y buscar el bien tan lejos, cuando le tenemos cercano?

El piloto Lorenzo Fréitas, aunque sospechaba que Tiburcio no hablaba con seriedad, sino para embromarlos, se enojó y no quiso consentir que ni en broma se tildara de poco razonable la gloriosa y secular empresa de los portugueses, y habló así en su defensa:

—No es sólo la codicia mercantil la que nos ha llevado á la India, no es sólo el deseo de sobreponernos á la Señoría del Adriático, ni es sólo tampoco el afán de vencer al Islán, buscándole en la fuente misma de su mayor riqueza y despojándole de sus ocultos tesoros, lo que movió al Infante Don Enrique y ha movido después á sus sucesores á hacer cuanto han hecho. Mil veces más elevadas eran y son sus miras. Noble curiosidad nos impulsó y nos impulsa. Anhelamos desgarrar el velo en que Naturaleza se envuelve aún y se encubre á nuestros ojos mortales. Y hemos aspirado y aspiramos todavía á que, así como se nos reveló el misterio del Mar Tenebroso, por la persistente violencia que sobre él ejercimos, se nos revelen también la magnitud y estructura de la tierra, y después todo el artificio y la máquina del Universo, con las leyes de su movimiento y vida.

—En verdad, dijo Fray Juan de Santarén, el señor Fréitas tiene razón que le sobra. Hay un

enigma de la mayor trascendencia, no resuelto aún, que trae sin sosiego á cuantos hombres piensan y discurren en el día.

—Años há, siendo yo muy mozo y reinando Don Juan II, interrumpió entonces Lorenzo Fréitas, aportó á Lisboa un genovés muy presumido y soberbio, que estaba al servicio de Castilla y se llamaba Cristóbal Colón. A ser cierto lo que él imaginaba y afirmaba, el enigma se hubiera explicado y dejado de serlo. Aquel hombre audaz, fiado en sentencias é insinuaciones de antiguos sabios griegos, y singularmente de Aristóteles, había ido en busca de la India navegando hacia Occidente, y casi creía haberla hallado y se jactaba de ello. Había aportado á grandes y fértiles islas, y poco más allá casi daba por seguro que debían de estar Cipango y otros países visitados por Marco Polo. Se jactó también Colón de haber descubierto extensa costa al parecer de un gran continente, y supuso que aquélla era el extremo oriental del Asia, y que más al Norte estaba el Catay, y la India más al Mediodía. A punto estuvo de costarle la vida esta jactancia, porque algunos señores de la corte, muy poco sufridos, creyendo lo que aseguraba y recelando que así el rey de Castilla iba antes y por camino más corto á llegar á la India, donde todavía no habían llegado los portugueses, decidieron provocar á Colón, y como era poco sufrido reñir con él y darle

muerte, con lo cual su descubrimiento quedaría para Portugal y no aprovecharía á los castellanos. Por dicha, los mencionados señores expusieron su proyecto al Rey Don Juan II, apellidado con razón el Príncipe Perfecto, el cual, aunque vehementísimo en su cólera y de ímpetu tan vitandos que mataba á puñaladas á quien juzgaba que le ofendía, sin excluir al hermano de su mujer, reflexivamente era tan recto, tan temeroso de Dios y tan buen católico, que rechazó el plan, indignado. Colón pudo pues volver á Castilla á lucir su descubrimiento y á que los reyes Don Fernando y Doña Isabel le aprovechasen. Suscitó esto, no obstante, recelos y diferencias entre los soberanos de España; pero pronto se arregló todo por virtud de aquella línea, que tiraron idealmente desde un Polo á otro, dividiéndose así las tierras y los mares apenas explorados y los que pudieran explorarse en lo venidero. El Padre Santo sancionó el convenio con el poder y la autoridad de que goza como Vicario de Cristo. Pocos años después, enviado por el rey Don Manuel, llegó á Malabar Vasco de Gama. Tristán de Acuña, el grande Alburquerque y otros héroes de Lusitania dilataron nuestro dominio y nuestra gloria por el Oriente. Y los castellanos en tanto llenos de noble emulación, hicieron nuevas conquistas y descubrimientos en aquellas tierras occidentales á donde Colón había

llegado por vez primera y que por su magnitud merecieron llamarse Nuevo Mundo. Según las últimas noticias que yo tengo, un extremeño, cuyo nombre es Hernán Cortés, ha surcado el mar, ha pasado por medio de vastos territorios y ha llegado á la capital populosa de un bárbaro y desconocido imperio, del que está á punto de enseñorearse. Todavía pretenden algunos que este imperio, donde Hernán Cortés ha entrado á saco, está al Sur del Catay y al Norte de la India. De aquí presumo yo que está aclarado el enigma, que hay antípodas y que es evidente la redondez de la tierra.

—Poquito á poco, señor Fréitas, replicó Tiburcio. Las cosas distan mucho de ser tan claras. Yo tengo noticias más recientes que invalidan lo que el señor Fréitas dice. Otro castellano, no menos valiente aunque menos venturoso que Hernán Cortés, un tal Vasco Núñez de Balboa ha cruzado ese continente por una región en que es muy estrecho; ha salvado altas montañas y ha descubierto más allá un mar extensísimo que tiene toda la traza de dilatarse más que el mar de Atlante. El enigma queda por consiguiente en pie en toda su obscuridad misteriosa. Posible será que los castellanos navegando siempre hacia el Occidente por ese mar recién descubierto se alejen cada vez más de la India. Y posible será que los portugueses yendo siempre en dirección

contraria á la que el sol sigue, no aporten jamás á las regiones visitadas ya por Colón, Cortés y Balboa.

—Ya sabía yo, dijo Morsamor, que ese Balboa de que habla Tiburcio había descubierto un gran mar al otro lado del mundo de Colón, entrando en sus aguas con la espada desnuda en la diestra y enseñoreándose de él en nombre del César Carlos V. Esto complica y retarda la resolución del problema, pero no me induce á creer que la resolución sea otra de la que yo pensaba. Para mí es evidente la forma esférica ó casi esférica de la tierra. Á la extremidad de ese mar han de estar Cipango, el Catay y la India. Lo difícil ahora ha de ser para el que navegue hacia el Occidente hallar el término de ese valladar ó hallar un canal ó estrecho, por donde se pase del mar de Atlante á ese otro mar de Balboa. El que esto logre y tenga además valor y fortuna para surcar el nuevo mar desconocido, aportará sin duda á la India y podrá luego dar la vuelta al mundo en que vivimos. Y el que navegue hacia Oriente, como navegaremos nosotros cuando salvemos el obstáculo que África nos opone, podrá volver también á su patria por opuesto camino si encuentra modo de salvar el valladar que el Nuevo Mundo de Colón le ofrece. Yo os confieso, señores, que la ambición me induce á señalarme en la India en empresas guerreras,

pero como no cuento con muchos soldados para eclipsar allí las hazañas de Alejandro de Macedonia, preferiría yo sin estrago y sin sangre emprender y llevar á cabo un propósito que me daría gloria nueva y sin rival entre los seres nacidos de mujer: la gloria de circunnavegar este planeta. Así probaría yo experimentalmente que no es enorme disco, suspendido en el éter y asido por eje de diamante á las cristalinas esferas que giran en torno suyo sobre dicho eje con arrebatada y pasmosa armonía. Así aduciría yo razones y pruebas á los que pretenden que nuestra tierra no es el centro del Universo, sino astro pequeño y opaco, que va rodando en torno del sol, como Venus, Marte, Saturno y otros planetas.

—Atrevida es la tal suposición, dijo Fray Juan de Santarén, pero ni en Coimbra ni en Salamanca faltan doctores que la tienen por probable y aun por casi demostrada, respondiendo á los que tratan de invalidarla por mal entendidas sentencias de las Sagradas Escrituras, con aquellas célebres frases de Francisco de Villalobos, médico de la Reina Católica: los que acuden á la religión en asuntos de ciencias naturales son como los delincuentes que buscan en la iglesia un asilo.

—También en Italia, añadió donna Olimpia, anda desde hace años muy valida la opinión de que no es la tierra, sino el sol quien está en el

centro; y ya, en mi primera mocedad, conocí yo y traté en Roma á cierto doctor polaco, cuyo nombre era Nicolás Copérnico, que enseñaba dicho sistema y andaba muy afanado componiendo un libro, que pensaba dedicar al Papa, sobre las revoluciones de los orbes celestes. No sería impío ni herético tal sistema cuando con semejante dedicatoria intentaba su autor santificar el libro que le defendiese.

—Así podrá ser, dijo Tiburcio. Nadie, sin embargo, logrará quitarme de la cabeza un endiablado razonamiento que agua ó mejor diré envenena el gozo de esta invención. Por ella resulta degradado y hasta envilecido este mundo en que habitamos. No es ya el centro y objeto principal de la creación entera para cuya iluminación, regocijo y deleite salieron de la nada el sol, la luna y todas las estrellas. Nuestro globo queda reducido á un astro opaco, pequeñuelo y hasta deforme que gira como otros muchos planetas más grandes y más hermosos que él, perdido en la inmensidad del éter. ¿Qué será de nuestra preeminencia sobre las demás criaturas; qué de la dignidad humana, si tal suposición llega á demostrarse por completo?

Morsamor, que coincidía por lo común con las opiniones de su joven amigo y se complacía en aceptar su parecer y su consejo, estaba en aquella ocasión tan poseído del parecer contrario y tan

lleno de la fe y de la esperanza de contribuir á la demostración de su verdad, que encarándose con Tiburcio, exclamó con enojo:

—Sin duda tendrías razón si por lo material aspirase el hombre al principado y si su valer se midiese por varas ó se pesase por arrobas. Pero como el gran ser del hombre es por el espíritu, lo mismo importa para que le conserve que tenga su vivienda corporal en el centro del Universo ó en el más ruin y esquivo lugar de las profundidades del éter. Donde quiera que mi espíritu se halle, allí estará, allí creará el centro de todo; y en la capacidad inmensa de su entender encerrará cuantos seres existen y pueden existir, y comprendiendo sus leyes, será como si se las impusiera, porque si Dios está en todas partes, más esencialmente está en el alma humana. Y así el alma humana, si procura estar conforme con Dios y unirse con Dios, sólo será inferior á Dios mismo y no á los habitantes de otros mundos, dado que tales habitantes haya. Podrán ser más corpulentos, podrán tener sentidos más variados y perspicaces, pero la ley moral y los primeros principios absolutos, raíz de todo saber, y el amor inextinguible de lo infinito que sólo en lo infinito se aquieta, en nadie podrán asistir con mayor energía y virtud creadora que en el hombre, hecho á imagen y semejanza de Dios.

Todos aplaudieron el discurso de Morsamor. El propio Fray Juan de Santarén, aunque con escrúpulos de que en el calor de la improvisación hubiese dejado escapar alguna heregia, aplaudió también á Morsamor, en gracia del entusiasmo y de la buena fe con que había hablado. Conviniéron además en que no hay ni habrá sistema de astrólogos ó de sabios empíricos que baste á desbaratar ninguna teología ni ninguna metafísica bien cimentada. Y decidieron, por último, que Morsamor, sin perjuicio de mostrarse en la India, dando allí razón de quien era, debía volver á Lisboa, caminando siempre hacia Oriente y circunnavegando el mundo en que vivimos, cuya redondez resolvieron todos que era innegable.

XII

Bien se puede afirmar que el poder de los elementos, sojuzgado y hechizado por la confianza magnánima de nuestros navegantes, se complació en favorecerlos, haciendo fácil y rápido su viaje. Pronto, casi siempre á la vista de la extensísima costa, llegaron al extremo sur del continente negro. El terrible gigante Adamastor, domado ya por la secular constancia y el valor de los portugueses, estaba sin duda de muy buen talante en aquella ocasión, y sin tormentas ni furores dejó que entrasen en el mar de la India

la nave de Morsamor y otras cuatro naves más, que formaban la escuadra en cuya compañía Morsamor navegaba.

La pequeña flota iba como refuerzo de otra mucho mayor y más poderosa, que tres meses antes había salido del Tajo, conduciendo á don Duarte de Meneses.

Este personaje, que se había señalado mucho por su valor y pericia, como Gobernador de Tánger, en la guerra que de continuo sostenían los portugueses contra los marroques, iba como Virrey de la India con más sueldo y más amplias facultades que sus predecesores. Le llevó una armada de quince velas, en donde fueron Francisco Pereira Pestana para Gobernador de Goa, Juan Silveira, para ejercer el mando en Cananor, y para el gobierno de Calecut Juan de Lima.

Habían ido también, custodiando al nuevo Virrey, cuatro naves á las órdenes de Martín Alfonso de Melo, el cual debía después visitar el Imperio chino.

La escuadra de que formaba parte la nave de Morsamor, viniendo á ser complemento de dicha grande flota, con la misma felicidad que había pasado el Cabo, aportó más tarde á Sofala, puerto muy estimado entonces de los portugueses por creer que era el antiguo Ofir, de donde Salomón é Hiran llevaron á Jerusalén mucho oro. De aquí que los portugueses buscasen allí con afán

aunque poco dichoso, las antiguas minas que el hijo de David había laboreado.

Algo se detuvo en Sofala la pequeña flota, pero no tardó en zarpar para Goa.

La nave de Morsamor no pudo seguirla. Tenía antes que ir á Melinda, á donde enviaban los señores Adorno y Salvago no pocos artículos de comercio. En Melinda debían venderlos ó dejarlos en depósito y tomar en cambio mercancías de Abexin, Arabia y Egipto y aun algunas de Siria, de las islas de la Grecia y de la misma Italia que todavía llegaban hasta allí, importadas en Egipto por los venecianos, á pesar del golpe mortal que á su comercio habían dado los portugueses.

Durante tan larga navegación el tiempo pasó muy agradablemente para Morsamor y Tiburcio, merced á la precaución ó á la buena suerte que habían tenido de embarcar con ellos á donna Olimpia y á Teletusa. Podía considerarse la primera como la personificación de la amenidad serena y elevada, y la segunda como la del regocijo y bullicioso trastulo de los seres humanos: de tal al menos calificaba donna Olimpia á su compañera. Y Tiburcio añadía, en alabanza de ambas, que eran, por estilo profano, como Marta y María, representando una de ellas la vida contemplativa y la vida activa la otra.

Dulce y modesta era donna Olimpia. Nadie

con justicia hubiera podido censurarla de mariabidilla y bachillera; pero en su trato íntimo, y cuando Morsamor la estimulaba á hablar, mostraba su rara discreción y su mucha doctrina, con sencillez y sin pedantería ni jactancia. Habían traído á bordo los *Diálogos de amor* de León Hebreo, á quien Morsamor quedó muy aficionado desde que logró salvarle de los insultos de la plebe.

Á veces leían en dichos *Diálogos* y luego los comentaban. Y eran tan atinadas y profundas las ilustraciones de donna Olimpia que, si se hubiesen conservado y reunido en un volumen, formarían hoy la Filosofía de amor más interesante y sublime.

En otras ocasiones, Morsamor y donna Olimpia ponían por las nubes mil invenciones y descubrimientos recientes, que en sentir de ellos hacían de la época en que vivían la más fecunda é ilustre de todas. Y como sobre este punto no estuviese de acuerdo Teletusa, la ninfa gaditana no quería callarse y asentir con su silencio, sino que tomaba la palabra y decía de esta manera:

—No he de negar yo lo muy ingeniosas que son las invenciones de nuestra edad: el empleo de la pólvora, en arcabuces, bombardas, culebrinas y falconetes; la brújula y la imprenta; los instrumentos del famoso estrellero y geómetra

portugués Pedro Núñez, y el hallazgo y la observación de nuevos astros en el cielo, y en la tierra de nuevos continentes, islas y mares. Todo esto, no obstante, se explica con facilidad por el entendimiento humano. Si Satanás ha intervenido en ello, ha sido de tapadillo y sin dar la cara dejando que los inventores se jacten de haberlo logrado sin sobrenatural auxilio. En cambio, las invenciones primitivas son las que no se pueden explicar humanamente y las que tenemos que admirar. ¿Quién inventó el habla? ¿Quién la escritura? Estas y otras cosas por el estilo son las que no se comprenden ni se explican sin acudir á la enseñanza y á la revelación de Dios mismo, de los ángeles ó de los géneos. Yo doy por seguro que el primero que cultivó el trigo y luego sacó de él harina é hizo pan, realizó algo más estupendo que cuanto hace un siglo se ha descubierto ó inventado.

Todos aplaudieron el breve discurso de Teletusa, y animada ella con el aplauso, se atrevió á proseguir:

—La pólvora da muerte y la harina es el mejor y más usado sustento de la vida. Á la harina, pues, me atengo. Quiero que sepáis, señores, que una prima mía muy guapa fué la buena amiga y tal vez el oislo del famoso cocinero Ruperto de Nola. De él aprendió á condimentar exquisitos guisos, no pocos de los cuales

tuvo luego la bondad de enseñarme. Ahora bien, yo quiero mostraros mi habilidad y probar al mismo tiempo la extraordinaria importancia de la harina. Voy á ser, además, como cierto tocador de viola en extremo habilidoso que tocaba en una sola cuerda multitud de sonatas. Yo me he apoderado de un barril de harina y de una enorme botija llena de aceite, y valiéndome de estas sustancias voy á daros, mientras dure nuestra navegación, una fruta de sartén, distinta cada día.

Teletusa cumplió su promesa, y sin estropear sus manos, que las tenía bonitas y bien cuidadas, amasó y frió de diario los más deliciosos y diferentes manjares farináceos que imaginarse pueden. Ya eran buñuelos de una clase, ya buñuelos de otra, ya sopaipas, ya empanadillas, ya gajarrros, ya pestiños, ya hojuelas, ya piñonate.

Aun sobre estas frutas de sartén filosofaba Teletusa con agudeza y con gracia exclamando:

—Nadie me quitará de la cabeza, que la materia prima es única, sin que sean menester elementos distintos para producir las mil distintas cosas que llenan y enriquecen el universo. Cierta fuerza que hay, reside ó se pone en la materia prima, agita y ordena sus partecillas infinitamente sutiles, y de los diversos movimientos y cordinaciones de dichas partecillas, que los sabios llaman átomos, resulta la infinita variedad de los

seres. De fijo la diferencia de ellos está en la forma. Por la forma es uno feo y otro bonito, uno triaca y otro veneno, uno soso y otro salado, uno amargo y otro dulce, uno huele bien y otro hiede, ¿qué no podrá hacer la naturaleza cuando yo flaca mujer, con harina sólo, hago cosas tan distintas y de tan diferente sabor sin que sean sustancialmente más que harina? Y sin embargo, ¿cuán de otro modo que el esponjado buñuelo sabe por ejemplo, el piñonate ó la *crocante* empanadilla, que con tan grato crujidito se desmorrna entre los dientes?

No se limitaba Teletusa á freir masa y á filosofar sobre la fritura. Más alegre pasatiempo solía proporcionar casi de diario y particularmente cuando el tiempo era muy bueno, á sus dichosos compañeros de navegación. Todos formaban corro en torno de ella. Tiburcio tocaba la vihuela ó la flauta, y Teletusa, repiqueteando las castañuelas bailaba como una silfide.

Teletusa era asimismo egregia cantora, no indigna del siglo y de la patria en que la música estaba tan floreciente, merced á Bartolomé Ramos de Pareja, á Pedro Ciruelo, á Juan Anchieta, á Juan de la Encina y á otros insignes compositores y maestros.

La propia Teletusa, acompañándose con la vihuela, cantaba deliciosos villancicos y coplas. Ora cantaba

Dos ánades madre
Que van por aquí.

Ora por lo sentimental y lo tierno, coplas como ésta:

Pues que jamás olvidaros
No puede mi corazón
Si me falta galardón
¡Ay que mal hice en miraros!

Ora, por último siguiendo el estilo picaresco, aquello de

Yo me iba, mi madre,
Las rosas coger,
Hallé mis amores,
Dentro en el verjel.

Cualquiera pensará que, en medio de tanto deleite, Morsamor estaba contento. Mucho distaba, no obstante, de ser así. En cierto modo puede bien afirmarse que Morsamor se hallaba cada día más prendado de donna Olimpia. El apasionado mirar de sus ojos glaucos le fascinaba; le encantaban su discreta conversación y su apacible trato; y de continuo prestaba pábulo á la encendida llama de sus afectos la presencia de aquella mujer dechado de elegancia y de majestuosa hermosura. Entonces se creía ligado á ella para siempre por invencible hechizo. Entonces presumía que ella era su bien, que la amaba y que no podía vivir sin ella.

En la mente y en el corazón humanos hay un

mar tempestuoso de ideas y de sentimientos que se combaten. Así eran el corazón y la mente de Morsamor. Y cuando no los subyugaba ni los rendía el influjo encantador de la aventurera italiana, acudían en tropel á atormentarlos mil amargas cavilaciones que le herían y emponzoñaban el alma y sacaban á su rostro el color rojo de la vergüenza. ¿Qué héroe de tan ruin condición era él cuando tal dama llevaba consigo? Si hubiese robado á doña Sol de Quiñones, y á despecho de la Reina y de todo el mundo, la tuviese á bordo, el caso, aunque pecaminoso, sería digno de él; pero llevar á donna Olimpia, que lo mismo se hubiera ido acaso con otro cualquiera, era triunfo tan miserable, que, en vez de lisonjear su amor propio, le lastimaba y abatía.

Hasta el indisputable mérito de donna Olimpia, su talento, su belleza y la fuerza misteriosa que había en todo su ser para dominar y cautivar á cuantos la veían y trataban, si bien complacían á Morsamor cuando pensaba que era suyo aquel tesoro, le ofendían más amenudo al considerar que su brillo atraía las miradas, la voluntad y la admiración de las gentes, y á él le dejaba oscurecido y como eclipsado.

Algunas bromas de Tiburcio, dichas sin duda irreflexivamente y para reír, ofendían y herían á Morsamor en lo íntimo de su conciencia y le

ponían de un humor de todos los diablos. Cuando Morsamor abría su corazón á Tiburcio y le confiaba parte de sus pesares, Tiburcio, con el propósito de despojar de gravedad el asunto, le decía burlando:

—En verdad que tiene sus contras el poseer tan gentiles enamoradas y tan famosas amigas como la mía y la tuya. Debemos, con todo, conformarnos y hasta convertir el inconveniente en estímulo. Voy á explicarme mejor. El marido ó el amante de una mujer muy bella, sabia ó ilustre, queda mil veces peor que en la obscuridad si él es un cualquiera. En la obscuridad nadie le recordaría ni le nombraría, mientras que, en el caso que supongo gozaría, ó mejor dicho padecería de ridícula é indeleble fama. En todo el mundo sería conocido por su mujer ó por su amiga y no le llamarían Fulano ni Mengano, sino el de Mengana ó el de Fulana. No floja contrariedad es esta, pero bien puedes tú sobreponerte á la contrariedad, dando razón de quién eres por virtud de tus altos hechos, á fin de que seas célebre y ensalzado como Morsamor y no meramente conocido y mencionado por amigo de donna Olimpia. Lo propio digo de mi persona. Yo quiero hacer de suerte que no me conozcan sólo por el amigo de Teletusa, sino que me celebren por mis audaces y dichosas empresas como Tiburcio de Simahonda. No he de negarte

yo, porque quiero ser franco, que nuestro propósito es difícil de realizar. Estas dos mujeres (permíteme lo vulgar de la expresión) que nos hemos echado á cuestras, son de tal magnitud y valer que nos abruman con su peso. Y es tal el resplandor con que brillan, que ha de costarnos muchísimo resplandecer por nuestras acciones por cima del resplandor que despiden ellas con sólo manifestarse. No creas tú que Putifar fué un personaje insignificante. Yo he leído en antiguas historias y sé de buena tinta que se distinguió como hábil capitán, venciendo al Faraón del alto Egipto, acérrimo contrario del Faraón pastor á quien él servía, y domando en Chipre á los filisteos, gente rubia y belicosa que había venido del Norte, que se había apoderado de aquella isla, y que mucho más tarde se repuso, invadió la tierra de Canaan y le dió nuevo nombre, aunque hizo en ella grandes estragos. Hay además quien asegura que Putifar era muy buen letrado, que poseía casi toda la ciencia de los egipcios, y que compuso memorias sobre las inundaciones del Nilo y sobre otros puntos no menos importantes. Pero todo esto se ha olvidado y ya nadie le recuerda ni le nombra, sino á causa ó por culpa de su mujer. Sólo se habla de él cuando de ella se habla, llamándola, la mujer de Putifar, por donde él es sólo mencionado como marido. Escarmentemos pues en la cabeza ajena

y procuremos que nada semejante nos ocurra.

Éste y otros razonamientos por el mismo estilo tenían á Morsamor sobre áscuas. Y verdaderamente era poco honroso y nada glorioso ir á la conquista de un nombre inmortal en compañía de damas tan desenfadadas y alegres, cuyas conquistas era de temer que se realizasen más pronto.

Aunque Morsamor disimulaba su disgusto, que solía rayar á veces en repugnancia, donna Olimpia, era muy avisada y no dejó de conocerle; pero donna Olimpia era muy soberbia también y no se dió por entendida ni formuló la menor queja.

XIII

A bordo toda la tripulación estaba encantada de la bondadosa amenidad de donna Olimpia y más aún del regocijo de Teletusa, de sus danzas, y cantares y hasta de sus frutas de sartén, hechas á veces con tal abundancia que había para que todos comieran. Ya hemos visto cómo el piloto intimó con Morsamor y formó parte de su corro, y cómo Fray Juan se holgaba de estar en él y hasta de reir y charlar con las dos aventureras, pues, aunque piadoso, era indulgente, muy conocedor de las flaquezas humanas y bastante ejercitado en la virtud de la eutropía.